

EL LÁPIZ QUE SE QUEJABA

Érase una vez un lápiz muy, pero que muy caro. Estaba en venta en una tienda acompañado de cosas que también eran muy caras. El lápiz tenía un precio tan elevado porque era un lápiz especial. Decían que era el primer lápiz que se había fabricado totalmente a mano, aunque su facultad más importante, pero desconocida, era que podía comunicarse con los demás objetos.

Como llevaba mucho tiempo en exposición y no se vendía, su dueño decidió, junto con otros materiales, traspasarlo a otra tienda. Eran ya tres años los que habían pasado sin que a nadie le interesara.

Para el lápiz fue duro su traslado, no sólo porque ya no podía contemplar a la gente que todos los días veía desde el escaparate, sino porque tuvo que dejar a muchos amigos, pero pensó que podría hacerse otros amigos en su nuevo hogar, aunque no ocurrió así. El intentaba comunicarse con sus nuevos compañeros, pero resultaba inútil y nadie le contestaba, aunque el pobre lápiz lo intentase una y otra vez.

La suerte cambió para el lápiz al comenzar el nuevo curso. Estaba cerca de un colegio y un niño lo compró. Se llamaba Raúl, tenía 12 años y comenzaba a estudiar en un instituto. La sorpresa fue enorme para Raúl cuando en clase de lengua el lápiz comenzó a escribir por sí solo, sin que nadie lo sujetase. El niño empezó a leer “Por favor Raúl no me uses tanto, llevo mucho tiempo sin escribir y me canso mucho; no estoy acostumbrado a escribir cosas tan raras como las que escribes en esa clase a la que llamas “matemáticas”. Te agradecería que me hicieras feliz llevándome a ver a mis antiguos amigos”.

Raúl estaba tan asustado que regaló su lápiz a su amigo Manuel. Fue una suerte para el lápiz porque el padre de Manuel era coleccionista de objetos antiguos y al llegar a casa pudo ver a la mayoría de sus viejos amigos que ahora vivían en casa de Manuel. El reencuentro fue estupendo y montaron todos juntos una fiesta para celebrar que ahora siempre estarían viviendo en el mismo hogar.



Adrián Guajardo 2º ESO